



Horas difíciles

El Tomate Parlanchín

Pichín visiblemente contrariado se puso delante de Atarau cubriéndola con su cuerpo, dispuesto a no obedecer a las oscuras intenciones y amenazas del Capitán, al mismo tiempo, aunque maniatado, Sundi intentó situarse también entre el fusil y sus amigos, recibiendo un fuerte golpe en la cara, que le propinó uno de los marineros, con la culata de la carabina haciéndole sangrar por la boca.

El Capitán quiso dejar constancia de sus intenciones y lanzó dos disparos al aire que retumbaron como truenos en la bóveda del templo, la onda expansiva hizo que se escuchara como un prolongado crujir en la cripta, mientras con furia amenazó:

-El próximo disparo será sobre vosotros.-

Ante el nerviosismo del momento y temiendo lo peor, una de las amazonas posicionada en vanguardia lanzó una flecha hacia el grupo que atravesó el brazo de Richi, dos nuevos tiros del Capitán hirieron a la misma que cayó al suelo malherida.

-¡Quietos todos... estáis locos! Gritó Pichín.

Atarau aprovechando la confusión se adelantó hacia el Capitán, en un gesto heroico, entregándose como rehén, e indicándole a Sundi que regresara liberado, a lo que el capitán lanzando una nueva carcajada, esta vez de triunfo, accedió.

La calma pareció restablecerse por unos momentos, mientras el eco de los disparos todavía retumbaba en la estancia.

La amazona herida fue retirada para ser atendida y Pichín le pidió al Capitán que dejara que Richi fuera con ellos para socorrerle, a lo que se negó con desprecio, mientras ordenaba a sus secuaces que le anudaran un pañuelo al brazo que atravesó la flecha.

En un entorno de total desconfianza que flotaba en el ambiente, llegó el momento para que cada uno de los asaltantes, por turnos, recorrieran el templo en busca de la pieza de oro más voluminosa y todos, sin disimulo, al pasar por los cofres que contenían piedras preciosas se llenaban los bolsillos con ellas.

El tiempo transcurría con lentitud y el Capitán fue el último en acercarse a reconocer los tesoros para llevarse su botín.

Se aproximó hasta los pies del dios Mon y cogió entre sus manos de rapiña una copa grande adornada con diamantes y esmeraldas, Atarau se la arrebató con energía, negando con la cabeza para indicar que ¡eso no!, pues era la copa sagrada de las sacerdotisas que perteneció a muchas generaciones anteriores, y que la última que la utilizó en ceremonias importantes había sido su propia madre.

Esto lo entendieron nuestros amigos, pero no el capitán



que consideró que si se lo impedían sería porque debía ser lo más valioso, y reaccionó cogiendo a la chica por la espalda y poniéndole un machete en la garganta, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de avaricia y crueldad.

Se hizo un silencio omnímodo, Pichín intentó avanzar hacia ellos y el machete marcó con un hilo de sangre la garganta de Atarau, que se mantenía firme en su decisión sujetando con las dos manos el sagrado tesoro apartándolo de aquel ser criminal.

-Capitán déjela libre, y yo le ayudaré a salir de aquí con su botín... se lo aseguro.- sus últimas palabras tenía implícito un desesperado ruego.

-¡Bastardo! todo esto será para nosotros vinimos a por el tesoro y nos lo llevaremos todo, todo menos a esta insensata que se ha interpuesto en mi camino para morir.-

El capitán parecía fuera de sí mismo lo que confirmó hundiendo el cuchillo en la garganta de Atarau, quien dando unos pasos vacilantes en dirección a Pichín, se derrumbó moribunda a sus pies.

Él la abrazó y le levantó la cabeza al tiempo que le pedía con vehemencia, dime qué quieres salvarte, pídemelo tú, mientras que tomaba una pepita de su bolsa.

Ella le miró y alzando su mano temblorosa y pálida le acarició, mientras susurraba:

- No Pichín protege al pueblo de Atimon..., una vez evitaste que muriera, pero ahora mi sacrificio es para que salves... a todo... Atimon...-

Un suspiro cerró su vida para



siempre, Pichín lanzó la pepita sobre los asesinos intrusos y cogiendo a la muchacha en brazos corrió hacia la salida junto a Sundi.

Este último solo vio un gesto extraño del brazo de Pichín, que no alcanzó a entender, antes de que se produjera un ruido sordo y atronador al desplomarse toda la bóveda de la parte interior de la estancia que cayó como una losa sobre el Capitán y toda la tripulación sepultándoles.

Se escucharon algunos gemidos, luego un silencio atroz, mientras una ligera nube de polvo se elevaban hacia el cielo que ahora se divisaba por encima de donde estaban enterrados todos los componentes de la tripulación junto al sanguinario capitán.

Pichín había gastado su tercera pepita para hacer cierto el deseo de Atarau, pero a ella no había podido salvarla, y se encerró en un mutismo de ausente durante las horas siguientes, contemplando de rodillas a su pareja que había sido depositada sobre el altar de mármol blanco, vestida con las galas de sacerdotisa suprema.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com